

¿ILUSTRACIÓN O ILUSTRACIONES?



5. Contrailustración

Prof. Dr. Julio Seoane Pinilla

Miércoles 11 de noviembre de 2020, 19 h.

Enlace al webinar: <https://zoom.us/j/93209755589>



¿ILUSTRACIÓN O ILUSTRACIONES?



Preguntas por la Ilustración

Prof. Dr. Antonio Lastra

Miércoles 14 de octubre de 2020, 19 h.

Vico y los Estudios Culturales

Prof. Dr. José Alfredo Peris Cancio

Miércoles 21 de octubre de 2020, 19 h.



Enlightenment: la Ilustración escocesa

Prof. Dr. Ginés Marco

Miércoles 28 de octubre de 2020, 19 h.

Turgot y las Lumières

Prof.^a. Dr.^a. Paloma de la Nuez

Miércoles 4 de noviembre de 2020, 19 h.



Contra-ilustración

Prof. Dr. Julio Seoane Pinilla

Miércoles 11 de noviembre de 2020, 19 h.

Declaración de independencia: Thomas Jefferson

Prof. Dr. Javier Alcoriza

Miércoles 18 de noviembre de 2020, 19 h.



Las Luces y las Anti-Luces

Prof.^a. Dr.^a. María José Villaverde Rico

Miércoles 25 de noviembre de 2020, 19 h.

¿ILUSTRACIÓN O ILUSTRACIONES?

La Torre del Virrey. Instituto de Estudios Culturales Avanzados

5 Contrailustración

Prof Dr Julio Seoane

Webinar 11 de noviembre de 2020, 19 h.

Contrailustración

Lo que pretendo en esta charla es dar un paseo con cuatro ilustrados heterodoxos que no son contra-ilustrados, que no son tampoco ilustrados radicales. Su función aquí es recordarnos elementos que nos pertenecían y que hemos dejado orillados al no tener claro cómo incorporarlos a nuestra vida. Mandeville es el adalid del egoísmo “capitalista” y con él debemos reconocer que pensar solo en uno mismo, en nuestros propios intereses, apareja indefectiblemente cuidar de la mirada ajena. Sade nos mostrará que la crueldad a la que lleva un materialismo exacerbado que, en un anticipo nietzscheano, sospecha de todo lenguaje, implica que no hay individuo sino en comunidad y ante la mirada ajena. La Ilustración, aunque se olvidó de ello rápidamente, también llevaba en sí el germen del cuidado de los demás y la atención emocional hacia ellos. *El sobrino de Rameau* nos ha de presentar que en nuestro origen reside también el deseo de ser deshaciéndose en los demás, en una especie de empatía social. Esa es la lección que quisiera sacar de mi viaje con Fougeret de Monbron, el misántropo que odia a la humanidad sin llegar a tenerse en gran estima; el cosmopolita cínico que propone la charla en lugar del diálogo y, por último, el olvido de sí para poder relatarse a sí mismo.

Bibliografía

- B. MANDEVILLE, *The Fable of the Bees*, Introducción de F.B. Kaye, Oxford UP, 1924.
—, *La fábula de las abejas o los vicios privados hacen la prosperidad pública*, trad. de J. Ferrater Mora, FCE, México, 1982.
—, *The Fable of Bees or Private Vices, Publick Benefits*, Liberty Fund, Indianapolis, 1988.
H. MONRO, *The Ambivalence of Bernard Mandeville*, Oxford UP, 1975.
T. HORNE, *The Social Thought of Bernard Mandeville*, MacMillan Press, Londres, 1978.
M. JACK, *The Social and Political Thought of Bernard Mandeville*, Garland, Londres, 1987.
A.O. HIRSCHMANN: *Las pasiones y los intereses: argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo*, trad. de J. Solé, Península, Barcelona, 1999.
E.J. HUNDERT, *The Enlightenment's Fable. Bernard Mandeville and the Discovery of Society*, Cambridge UP, 2005.

- MIKKO TOLONEN, *Self-love and self-liking in the moral and political philosophy of Bernard Mandeville and David Hume*, Tesis doctoral, Universidad de Helsinki, 2010.
- Bernard de Mandeville's Tropology of Paradox*, ed. de E. Balsemão y J. Braga, Heidelberg, Springer, 2013.
- SADE, *Oeuvres*, ed. de M. Delon, vol. III, Gallimard, París, 1998.
- , *Juliette*, vol. I, trad. de P. Calvo, Fundamentos, Madrid, 1987.
- M. LEVER, *Donatien Alphonse François, marqués de Sade*, trad. de P. Giralt, Seix Barral, Barcelona, 1994.
- N. SCLIPPA, *Le jeu de la sphinge: Sade et la philosophie des Lumières*, Peter Lang, Nueva York, 2000.
- C. WARMEN, *Sade: from Materialism to Pornography*, Voltaire Foundation, Oxford, 2001.
- A. Le BRUN, *Sade: de pronto un bloque de abismo*, trad. de S. Mattoni, Ediciones Literales, Córdoba (Argentina), 2008.
- D. DIDEROT, *El sobrino de Rameau*, trad. de D. Grimau, Cátedra, Madrid, 1985.
- L.G. CROCKER LESTER, 'Le Neveu de Rameau, une experience morale', *Cahiers de l'Association Internationale des Études Françaises* 13 (1961), pp. 133-155.
- F. CHAPIRO y J. GOLDZINK, 'Le Neveu de Rameau, après Michel Foucault', *Raisons politiques* 17 (2005), pp.161-177).
- J. d'HONDT, 'Le cynisme de Rameau', *Recherches sur Diderot et sur l'Encyclopédie* 36 (2004), pp. 125-137.
- M. LAUNAY, 'Sur les intentions de Diderot dans *Le Neveu de Rameau*', *Diderot Studies* 8 (1966), pp. 105-119.
- J.-Y. POUILLOUV, 'Les pantomimes', *Entretiens sur Le neveu de Rameau*, ed. de M.Duchet y M.Launay Nizet, París, 1967.
- FOUGERET DE MONBRON, *Le Cosmopolite, ou le citoyen du monde, suivi de La Capitale des Gaules ou la Nouvelle Babylone*, Introducción de B. Trousson, Bordeaux, Ducros, 1971.
- , *Margot la Ravaudeuse*, Presentación de M. Delon, Cadeilham, Zulma, 1992
- , *Le Cosmopolite ou le Citoyen du Monde*, Introducción de E. Langille, MHRA Critical Texts, London, 2010 (edición crítica del original de 1751).
- , *El Cosmopolita o el ciudadano del mundo*, trad. de J. Seoane, Laetoli, Pamplona, 2011.
- L. MICHEL, 'Le libertin malgré lui. Une lecture de l'oeuvre de Fougere de Monbron', *Revue des Sciences Humaines* 271 (2003), pp. 55-77.
- F. VENTURI, 'Fougere de Monbron', *Belfagor* 2 (1947), pp. 170-186.

1

CLEÓMENES.— El amor propio se concedió a todos los animales o al menos, y sin duda, a los más perfectos para que no se disputasen la supervivencia; pero como ninguna criatura puede querer lo que le desagrade, es necesario, además, que todas le tengan un aprecio real a su propio ser, superior al que le tienen a cualquier otro. Soy de la opinión, rogando disculpas por la novedad, de que si este aprecio no es permanente, el amor que tienen todos los seres por ellos mismos podría no ser tan inmutable como parece.

HORACIO.— ¿Qué te hace suponer que este aprecio que se tienen las criaturas se distingue del amor propio, cuando una cosa engloba a la otra?

CLEÓMENES.— Intentaré explicarme mejor. Imagino que para aumentar el cuidado de las criaturas para sobrevivir, la naturaleza les ha dado un instinto por el que cada individuo se estima a sí mismo por encima de su valor real. Esto en nosotros, es decir, en los hombres, parece ir acompañado de una timidez que surge de nuestra

propia conciencia de nosotros mismos, o al menos de una suposición de que nos sobrevaloramos. Es esto lo que hace que apreciemos la aprobación, la simpatía y el consentimiento de los demás, son ellos los que fortalecen y confirman la buena opinión que nos formamos sobre nosotros mismos [...]

HORACIO.— Te agrada sobremanera obcecarte con el comportamiento de los salvajes, ¿qué tiene esto que ver con la buena educación?

CLEÓMENES.— Sus semillas se encuentran en el amor propio y en el apego de sí al que me estoy refiriendo; como pronto verás si consideramos cuales podrían ser sus consecuencias con respecto a la propia supervivencia y a una criatura dotada de conocimiento, capacidad de expresarse y risibilidad. En primer lugar, el amor propio le haría reunir todo lo que necesitase para su sustento, buscar la manera de protegerse, él mismo y los más jóvenes, contra los daños provocados por el aire. El apego a sí mismo le haría buscar la oportunidad, con los gestos, el aspecto y los sonidos, para exhibir la estima que se tiene a sí mismo, que es superior a la que tiene por el resto. Un hombre ignorante desearía que todos los que se le acercasen, estuviesen de acuerdo en que su valor es superior, y se enfadaría, dentro de lo que su miedo le permitiese, con todo aquel que rechazase tal idea. Estaría sumamente encantado y amaría a todos aquellos que le tuviesen en alta estima, en especial a aquellos que con sus palabras y sus gestos lo hiciesen de manera muy evidente. En cualquier momento en el que encontrase en los demás alguna señal evidente de inferioridad hacia él, se reiría y lo mismo haría con sus desgracias si su compasión se lo permitiese, insultando a cualquiera que le dejase hacerlo.

HORACIO.— Dices que este apego de sí se les dio a las criaturas en pro de su propia supervivencia; pero yo más bien diría que es perjudicial para el hombre, ya que le hace odiar a los demás y no veo qué beneficio pueden obtener de eso, ya sea en un estado salvaje o civilizado. ¿hay algún caso en el que se pueda sacar algo bueno de eso?

CLEÓMENES.— Me asombra que me hagas esta pregunta. ¿Te has olvidado de las muchas virtudes que he demostrado que pueden falsificarse para ganar aceptación, y de las buenas cualidades que un hombre sensato de gran fortuna puede obtener con la única ayuda y provocación de su orgullo?

B. MANDEVILLE

La fábula de las abejas, pp. 129-131

2

Because of this quality man can be described 'as an animal living in constant anxiety about the opinion of others'. One result is that at times self-liking 'conquers the 'fear of death' (self-love)', which can be used to explain such phenomena as bravery in battle, dueling and suicide. Markku Peltonen has since made a crucial contribution to Mandeville studies by taking this discussion further with his analysis of how self-liking functions in the context of the early modern ideas of dueling and politeness. The present study attempts to expand the scope of the discussion by showing that the reason why amour-propre is important in moral and political philosophy is that it is the key concept behind the moral institutions of justice and politeness.

MIKKO TOLONEN

Self-love and self-liking in the moral and political philosophy of Bernard Mandeville and David Hume, p. 165

3

CLEÓMENES.— No tengas en cuenta nada más que estas dos cosas: en primer lugar, que lo que debe seguir a la naturaleza de esa pasión es que todos los hombres ignorantes, en alguna ocasión, se odien los unos a los otros en una conversación en la que ni el interés ni la superioridad se tendrán en cuenta. Si de dos iguales sólo uno se valora a sí mismo más de lo que se valoran el uno al otro, aunque el otro valorase del mismo modo a este primero del que se valora a sí mismo, ambos estarían insatisfechos si el otro supiese sus pensamientos. Sin embargo, si los dos se valorasen más a sí mismos de lo que se valoran el uno al otro, seguiría existiendo una gran diferencia entre

ellos y si declarasen sus sentimientos se volverían ambos insoportables el uno para el otro. Esto sucedería en todo momento entre los hombres incivilizados, ya que sin una mezcla de habilidad y de molestia, los síntomas externos de esa pasión no se pueden reprimir. El segundo aspecto que me gustaría que considerases es el efecto que con toda probabilidad esta inconveniencia, procedente del apego de sí, tendría en las criaturas dotadas de una gran dosis de inteligencia, que adoran su comodidad al extremo, y trabajan para proporcionársela. Estas dos cosas, digo, hay que hacerlas, pero otorgando el mismo peso a ambas y te darás cuenta de que la inquietud y el desasosiego que se debían al apego de sí, y a todos los juicios ajustados y fallidos que pueden precederles para remediarlos, deben producir necesariamente a largo plazo, lo que conocemos por buenos modales y buena educación.

HORACIO.— Creo que te entiendo. Todos los que se encuentran en este estado indisciplinado al estar afectados con el gran valor que se tiene uno a sí mismo, y al mostrar los síntomas más naturales, que has descrito, estarían ofendidos con el orgullo insolente de sus prójimos. Es imposible que esto se siga dando mucho más entre las criaturas racionales, pero la continua experiencia de desasosiego que experimentan con tal comportamiento, haría que algunos de ellos se planteasen cuál es la causa, cosa que con el tiempo, haría que descubriesen que su propio orgullo insolente es tan ofensivo para el resto, como para ellos mismos.

CLEÓMENES.— Definitivamente, lo que dices es la razón filosófica por la que el comportamiento humano sufre ciertas modificaciones, pero todo esto se hace sin reflexionar y de este modo, los hombres, progresivamente y con el paso del tiempo, adoptarán estos nuevos hábitos de manera espontánea.

HORACIO.— ¿Cómo es eso posible si les genera una molestia y si existe una abnegación visible que se aprecia en las restricciones que ellos mismos se ponen?

CLEÓMENES.— En la búsqueda de su propia supervivencia, los hombres descubren una manera de remediar su necesidad imperiosa de sentirse cómodos, que inconscientemente les enseña a evitar los perjuicios en todas las cosas. Una vez que los seres humanos se rinden ante un gobierno y se acostumbran a vivir bajo las restricciones de las leyes, es increíble la cantidad de precauciones, medios y estratagemas que aprenden, por la experiencia e imitación de la conversación entre ellos sin ser conscientes de las causas naturales que les obligan a actuar como lo hacen. Las pasiones internas que son desconocidas para ellos, son las que gobiernan su voluntad y dirigen su comportamiento.

B. MANDEVILLE

La fábula de las abejas, pp. 138-140

4

HORACIO.— Sigo sin ver qué ventajas tiene el apego de sí para el hombre, considerándole una criatura individual, que me lleven a creer que la naturaleza nos lo debe haber dado para sobrevivir. Lo que presupones es extraño, ¿puedes mencionar un beneficio que le aporte este principio a todos y cada uno de los individuos, que sea manifiesto y fácil de entender?

CLEÓMENES.— Como se considera una desgracia y todo el mundo repudia la pasión, raramente se ve con claridad ya que se suele esconder tras muchas otras formas; nos afecta a menudo, aún cuando no tenemos la menor sospecha de ello, pero parece ser que continuamente nos da ese placer que tenemos por la vida, incluso cuando no merece la pena sentirse así. Cuando los hombres están encantados, el apego de sí siempre tiene que ver con ello, aunque se desconozca que es eso lo que les procura la satisfacción de la que disfrutan. Es tan necesario para el bienestar de aquellos que lo han usado para su satisfacción, que no pueden saborear ningún placer sin ello; y es tanta la deferencia y la veneración sumisa que pagan por esto, que están sordos ante las llamadas más insistentes de la naturaleza, reprochando los apetitos más poderosos que deberían satisfacerse a cargo de esa pasión. Dobra nuestra felicidad en la prosperidad y nos mantienen a flote contra los reveses de la fortuna adversa. Es la madre de las esperanzas, así como el fin y la base de nuestros mayores deseos. Es la coraza más

poderosa contra la desesperación, y siempre y cuando nos deleitemos con nuestra situación de cualquier manera, en lo relativo a la situación actual o a nuestras perspectivas, cuidaremos de nosotros mismos. Ningún hombre decidirá cometer suicidio mientras persista su apego de sí. Sin embargo, una vez que esto se acabe, todas nuestras esperanzas se extinguirán y no podremos desear nada más que la disolución de nuestra existencia, hasta que finalmente nuestro ser se vuelva tan intolerable para nosotros mismos, que ese amor propio nos lleve a ponerle fin y a buscar refugio en la muerte.

HORACIO.— Te refieres al autodesprecio por lo que has dicho sobre que una criatura no puede amar lo que desprecia.

CLEÓMENES.— Si cambias la perspectiva, estás en lo cierto; pero esto sólo nos demuestra lo que ya he dado a entender: el hombre está hecho de contradicciones, no hay nada que parezca más evidente que el hecho de que cualquiera que se suicida por propia elección, lo debe hacer para evitar algo a lo que teme más que a la muerte. Por lo tanto, sin importar lo absurdo que pueda ser el razonamiento de una persona, todo suicidio es una intención palpable de generosidad hacia uno mismo.

B. MANDEVILLE

La fábula de las abejas, pp. 135-137

5

—Decidme, os lo ruego, cómo es posible atentar contra la vida de un individuo que nunca os ha hecho nada; cómo la piedad no habla desde el fondo de vuestra alma en favor del desgraciado que la ley os encarga asesinar a sangre fría.

—Estad totalmente segura, señora —me respondió Delcour—, de que ninguno de nosotros llega a ese grado de ferocidad reflexionada, sin principios quizás desconocidos para el resto de los hombres.

—¿Principios?, y bien, eso es lo que quiero saber: ¿cuáles son?

—Tienen su fuente en la más completa inhumanidad; se nos acostumbra desde la infancia a tomar la vida de los hombres por nada y la ley por todo; de aquí resulta que degollamos a nuestros semejantes con la misma facilidad que un carnicero mata a un ternero, y sin hacer más reflexiones.

—Pero lo que justificáis para la ejecución de la ley, ¿lo justificaríais igualmente para la satisfacción de vuestras inclinaciones?

—Por supuesto, señora, desde el momento en que el prejuicio ya no existe en nosotros y que no vemos ningún mal en el asesinato.

—¿Cómo se puede no suponerlo en la destrucción de sus semejantes?

—Yo os preguntaría a mi vez, señora, cómo es posible sospecharlo en esta acción. Si una de las primeras leyes de la naturaleza no fuese la destrucción de todos los seres, seguramente yo creería que se ultraja a esta naturaleza ininteligible realizando esta destrucción; pero desde el momento en que no existe un solo procedimiento de la naturaleza que no nos pruebe que la destrucción le es necesaria y que ella sólo puede crear a fuerza de destruir, con toda seguridad todo ser que se entregue a la destrucción no hará más que imitar a la naturaleza. Digo más: aquel que se niegue a ello la ofenderá gravemente; y si, como no es posible dudarlo, sólo le proporcionamos medios de crear destruyendo, seguramente cuanto más destruyamos más serviremos a sus intenciones. Si el asesinato es la base de las leyes regeneradoras de la naturaleza, el hombre que mejor sirva a la naturaleza será el homicida, y, desde ese momento, cuanto más multiplique sus asesinatos, mejor cumplirá las leyes de una naturaleza cuyas únicas necesidades son los asesinatos.

—Esos son sistemas muy peligrosos.

—Son ciertos, señora... si alguna vez os los exponen mejor que yo, veréis que siempre se partirá de la misma base.

SADE

Juliette, pp. 180-1

6

Es una equivocación suponer que la propagación es una de las leyes de la naturaleza: sólo nuestro orgullo nos hace concebir semejante estupidez. La naturaleza permite la propagación, pero no hay que confundir la tolerancia con una orden. Ella no tiene la menor necesidad de la propagación; y la destrucción total de la raza, desgraciada consecuencia de la negación de la propagación, la afligiría tan poco como si la especie entera de los conejos o las liebres desapareciese sobre nuestro globo, y no por ello interrumpiría su curso. De esta manera, ni la servimos con la propagación, ni la ofendemos con la no propagación. Convenzámonos de que esta interesante propagación, que nuestro orgullo erige tontamente en virtud, es, respecto a las leyes de la naturaleza, la cosa más inútil y que menos debe importarnos [...] ¡Hombre! crees que cometes un crimen contra la naturaleza cuando te opones a la propagación o cuando la destruyes, y no piensas que la destrucción de tantos hombres como hay en la superficie de la tierra, no le costaría ni una lágrima a esta naturaleza, y no le produciría la más mínima alteración en la regularidad de su marcha.

SADE

Juliette, pp. 39-40

7

Cuando te hayas burlado durante unos años de lo que los estúpidos llaman sus leyes, cuando para familiarizarte con su infracción te hayas complacido en pulverizarlas, entonces verás a la pícara naturaleza, encantada de haber sido violada, doblegarse bajo tus deseos, llegar por sí misma a ofrecerse a tus cadenas... presentarte las manos para que la hagas tu cautiva; convertida en tu esclava en lugar de ser tu soberana, enseñará delicadamente a tu corazón la forma de ultrajarla mucho mejor, como si se complaciese en el envilecimiento, y como si te indicase que el mejor modo de obedecer sus leyes es insultarla hasta el exceso. No te resistas nunca cuando hayas llegado a este punto; insaciable en sus pretensiones sobre ti, en cuanto hayas encontrado el medio de dominarla, te conducirá paso a paso de extravío en extravío; el último cometido no será más que el principio de otro por el que se someterá a ti de nuevo; como la prostituta de Sybaris, que se entregaba bajo todas las formas y adoptaba todas las posturas para excitar los deseos del voluptuoso que la pagaba, igualmente te enseñará cien formas de vencerla, y todo esto para, a su vez, encadenarte con más fuerza. Pero una sola resistencia, te lo repito, una sola te haría perder todo el fruto de las últimas caídas; no conocerás nada si no lo conoces todo; pero si eres lo suficientemente tímida como para detenerte, se te escapará para siempre.

SADE

Juliette, pp. 10-11

8

Abandonémonos a la naturaleza; lo que sus órganos nos indican no son ayudas mutuas: solo tenemos que sentir dentro de nosotros la necesidad de adquirir por nosotros mismos toda la fuerza necesaria para soportar los males que nos reserva, y la compasión, lejos de preparar nuestra alma para esto, la debilita y le quita toda la valentía que necesita para sus propios dolores. Quien sepa endurecerse ante los males del otro se vuelve pronto impasible a los suyos propios, y le es más necesario saber sufrir él mismo con valor, que acostumbrarse a llorar sobre los otros. ¡Oh Juliette!, cuanto menos sensible eres, menos te afectan y más te acercas a la verdadera independencia. Nunca somos víctimas más que de dos cosas: o de las desgracias del prójimo, o de las nuestras propias; comencemos por endurecernos frente a las primeras, y las segundas no nos afectarán, y, desde ese momento, no habrá nada que pueda turbar nuestra tranquilidad.

—Pero —respondo yo— de esta apatía tienen que surgir crímenes.

—¿Y qué importa? No hay que apegarse ni al crimen ni a la virtud, sino a lo que nos hace felices; y si yo viese que la única posibilidad de que yo fuese feliz estaba en el exceso de los crímenes más atroces, los cometería en ese mismo instante, sin temblar,

segura -como ya te he dicho- de que la primera ley que me dicta la naturaleza es deleitarme, no importa a expensas de quién. Si ha dado a mis órganos una constitución semejante, de tal forma que sólo con la desgracia de mi prójimo pueda manifestarse mi voluptuosidad, es que, para llegar a sus planes de destrucción... planes tan necesarios como los otros, ha creído necesario crear un ser como yo para que la sirva en sus proyectos.

SADÉ
Juliette, p. 157

9

Hoy, con la ropa sucia, el pantalón roto, cubierto de harapos, casi descalzo, va cabizbajo, se esconde, ganas dan de llamarle para darle una limosna. Mañana, empolvado, calzado, rizado, bien vestido, camina con la cabeza alta, se exhibe, y casi lo tomaríais por un honrado caballero. Vive al día.

Vive al día. Triste o alegre según las circunstancias. Su primera preocupación por la mañana cuando se levanta es saber dónde comerá; después de comer piensa dónde irá a cenar. La noche trae también su inquietud. O regresa a pie a un pequeño desván donde habita, a menos que la casera, cansada de esperar su alquiler, le haya reclamado la llave; o se refugia en una taberna de arrabal donde espera el día, entre un trozo de pan y una jarra de cerveza. Cuando no tiene un céntimo, cosa que le ocurre a veces, recurre al coche de sus amigos o al cochero de un gran señor que le proporciona un lecho sobre la paja, al lado de sus caballos [...] Por la mañana tiene todavía una parte del colchón en sus cabellos. Si la estación es benigna, recorre durante toda la noche el Cours o los Campos Elíseos. Reaparece con el día en la ciudad, vestido de la víspera para el día siguiente y del día siguiente, a veces, para el resto de la semana. No me gustan estos originales. Otros los tratan de manera familiar, incluso como a amigos. Me hacen pararme una vez al año, cuando me los encuentro, porque su carácter contrasta con el de los demás y porque rompen esta fastidiosa uniformidad que nuestra educación, nuestras convenciones sociales, nuestros buenos modales han introducido. Si uno de ellos aparece en una reunión, es un grano de levadura que fermenta y que restituye a cada uno una porción de su individualidad natural. Sacude, agita; provoca aprobación o rechazo; hace surgir la verdad; permite reconocer a la gente de bien; desenmascara a los canallas; es entonces cuando el hombre sensato escucha y comprende mejor su mundo.

DIDEROT
El sobrino de Rameau, p. 69

10

Cependant, Diderot est un grand maître de l'art du dialogue. En quoi consiste cet art ? Il consiste — pour ne pas parler du style — en la capacité de l'auteur de donner une force presque égale aux antagonistes, de sorte que le lecteur n'est pas sûr avant la fin de quel côté penche l'auteur, ou peut-être ne l'est-il jamais. C'est justement le cas du Neveu de Rameau, grâce à l'art que Diderot possède au plus haut degré. Par conséquent, que ce soit ou non l'intention originelle de Diderot, Moi devient à son tour le sujet d'une expérience secondaire ; en tant qu'adversaire de Lui, il est éprouvé dans cette confrontation d'attitudes et d'idées. Moi, l'antagoniste, représente la respectabilité conventionnelle. Il affirme la validité, voire la nécessité, de ces notions morales développées par sa culture au nom d'un idéal qui revendique des restrictions aux demandes instinctives de l'égo, demandes qui ne s'expriment qu'au détriment de ce bien général qu'il faut favoriser si l'on veut préserver la société civilisée. Dans la joute qui s'engage, Lui sera donc le corrosif des valeurs acceptées, Moi le critique de l'anarchisme moral.

G. CROCKER LESTER
'Le Neveu de Rameau, une expérience morale', p. 138

11

Rien de plus ironique ni de plus significatif, dans *Le Neveu de Rameau*, que ce fait : Lui atteint la grandeur, mais dans la pantomime. C'est-à-dire, il y arrive comme pur artiste, au delà du domaine moral. Mais ce triomphe ne fait que démontrer de nouveau son échec en tant qu'homme ; car il a lieu dans un monde d'imitation, et non de réalité, un monde qui est à l'abri de la vie. Lui atteint la grandeur par une performance fantasque, de clown. Cette performance n'est pas seulement dépourvue de dignité et de valeur morale, mais, de plus, incorporant l'absurde comme son essence même, elle accuse l'absurdité de nos valeurs, de nos actes, de notre existence

G. CROCKER LESTER

'Le Neveu de Rameau, une expérience morale', p. 155

12

Yo: "¡Oh loco, archiloco! —exclamé—, ¿cómo es posible que en tu mala cabeza haya ideas tan justas revueltas con otras tan extravagantes?"

DIDEROT

El sobrino de Rameau, p. 94

13

Si alguna vez he temido tener una entrevista con los ángeles, fue en el curso de esta enfermedad que fue de las más agudas y de las más largas. Al final, gracias a mi temperamento y quizás a una media tonelada de pócimas que un verdugo de la facultad me hizo engullir, escapé de aquello. Apenas me restablecí tiré una pluma al viento para saber qué camino tomaría; pues me había formado el proyecto, antes de volver a ver a la feliz Albión, de recorrer la mayor parte de Europa. La suerte me llevó a Italia.

[...] Posiblemente se estará sorprendido de que con estos sentimientos tan extraordinarios pueda permanecer en el tumulto del mundo, pero es preciso que se diga que soy un ser aislado en medio de los vivientes, que el universo es para mí un espectáculo continuo en el que me recreo gratis y que miro a los humanos como a los titiriteros que a veces me hacen reír pero a los que, en cualquier caso, ni amo ni estimo. Por otra parte, no se puede estar eternamente entregado a uno mismo; un poco de compañía, buena o mala, ayuda a pasar el tiempo.

[...] No me avergonzaré en absoluto de confesar que entre tantas cosas hermosas que he visto hay muchas que no he encontrado así sino por el testimonio de otros y no por mis propios ojos. Que esta confesión sincera de mi ignorancia sirva de lección a esos disertadores indiscretos y charlatanes que tienen la eterna manía de juzgar lo que no entienden y que, como el marqués de Mascarille, saben de todo sin haber aprendido de nada. Para desgracia de oídos delicados, hay en el mundo demasiados impertinentes de este tipo. Lo confieso con vergüenza: a menudo he merecido un epíteto parecido.

[...] El escaso placer que probé en mi estancia en Lisboa junto con el miedo continuo que tenía de caer bajo la garra de los señores del Santo Oficio, me hizo tomar la decisión de partir lo antes que pudiera. No tardé en encontrar la ocasión. Una flota inglesa estaba a punto de izar velas para la Gran Bretaña y creí que no podía hacer nada mejor que aprovecharlo. Comunicué mi deseo al Sr. De Chavigny, embajador de Francia. Me preguntó si había olvidado que entonces estábamos en guerra con Inglaterra. Respondí que no, pero que yo era un habitante del mundo y que guardaba una estricta neutralidad entre las potencias beligerantes. Si el Sr. De Chavigny no gustó en modo alguno de mis razones, al menos tuvo la bondad de plegarse a mis demandas. Me dio un pasaporte e hizo solicitar otro a Mr. Keene, enviado extraordinario del rey de la Gran Bretaña que, en consideración a su excelencia, no puso dificultad en proporcionármelo. Pertrechado con mis dos patentes, subí a bordo el día de San Luís, después de haber celebrado la fiesta con el Sr. Embajador. Al cabo de un mes de navegación, el mal tiempo nos obligó a aflojar hasta Portsmouth, que ya habíamos sobrepasado, y allí desembarqué tan aburrido de la mar como encantado de volverme a encontrar en una tierra que hubiera preferido al delicioso jardín del Edén. Tomé una

silla de posta y fui a volver a ver a mis buenos amigos los comedores de rost-beef a su capital.

[...] Pero para acabar un relato que ya es demasiado extenso, se me liberó de las cadenas bajo la conminación de parte del rey de alejarme de París y de no acercarme a menos de cincuenta leguas hasta que complazca a su majestad ordenar lo contrario. Creí que no me haría un criminal si me alejaba el doble y proseguí hasta Londres. Por lo demás si he hecho mal acepto la condena y me someto voluntariamente al ostracismo; mientras tanto mi retirada es tanto más apacible cuanto que yo me encuentro bien en cualquier sitio menos en prisión. Todos los países me son iguales siempre que pueda gustar en libertad de la claridad del cielo y que pueda mantener convenientemente a mi persona hasta el fin de sus días. Señor absoluto de mi voluntad y soberano independiente, cambiando de lugar, de costumbres, de clima a mi capricho, tengo todo y no necesito de nada. Hoy estoy en Londres, quizás dentro de seis meses estaré en Moscú, en San Petesburgo, en fin ¿qué se yo? No sería un milagro que fuera un día a Ispahán o a Pekín.

[...] Confieso pues, de buena fe, que de todas las criaturas vivientes soy al que más amo, sin que por ello me estime en ventaja. La necesidad inevitable en la que me encuentro de vivir conmigo mismo me obliga a ser indulgente y a soportar mis debilidades y como nada me ata así de estrechamente con el género humano, no se debe encontrar extraño que no tenga la misma complacencia con las ajenas. Esas ruines consideraciones con las que los hombres trafican entre ellos son los fingimientos a los que mi corazón no sabría prestarse. Se me dice que es bueno conformarse a los usos sociales: nunca consentiré en escuchar a un Original que me aburre ni en estimar a un Bellaco al que menosprecio, y todavía menos en prodigar mis alabanzas a algún Despreciable. Esto no es porque me crea de mayor valor que el resto de los humanos: no quiera Dios que éste sea mi pensamiento. Al contrario, confieso con la mejor fe del mundo que precisamente no valgo nada

[...] Ahora se presenta a mi espíritu una de estas reflexiones y mi franqueza no me permite omitirla: después de haber visto mucho, me encuentro un poco menos tonto sin haberme hecho mejor,

FOUGERET DE MONBRON

El Cosmopolita, pp. 32, 38, 49, 126-7, 136-7, 36, 33